

Veinte peruanos del siglo XX

Índice

Presentación	9
Manuel González Prada (1844-1918) Eugenio Chang-Rodríguez	11
Francisco García Calderón (1883-1953) Osmar Gonzales Alvarado	25
Víctor Andrés Belaunde (1883-1966) Diego García-Sayán	41
José de la Riva-Agüero y Osma (1885-1944) José Agustín de la Puente Candamo	57
César Vallejo (1892-1938) Liliana Checa	69
Honorio delGado (1892-1969) Renato D. Alarcón-Guzmán	87
José Luis Bustamante y Rivero (1894-1989) José Luis Sardón	103
Pedro G. Beltrán (1894-1979) Arturo Salazar Larraín	115
José Carlos Mariátegui (1894-1930) Iván Alonso	131
Víctor Raúl Haya de la Torre (1895-1979) Carlos Espá	143
Raúl Porras Barrenechea (1897-1960) Carlota Casalino Sen	161

Luis Alberto Sánchez (1900-1994) Ismael Pinto Vargas	177
Jorge Basadre (1903-1980) Rocío Chirinos Montalbetti	197
José María Arguedas (1911-1969) Santiago Pedraglio	213
Fernando Belaunde Terry (1912-2002) Miguel Cruchaga	227
Luis Bedoya Reyes (1919-) Lourdes Flores Nano	243
Fernando de Szyszlo (1925-) Mariella Balbi	257
Bianca Varela (1926-) Giovanna Pollarolo	267
Luis Banchero Rossi (1929-1972) Daniel Córdova Cayo	283
Mario Vargas Llosa (1936-) Pedro Cateriano Bellido	299
Reseñas de los autores de los textos	315

Presentación

Destacar, entre otros, resulta condición indispensable para que la historia y los diccionarios reconozcan la definición de *personaje*.

Referirse a un *personaje* exige considerar la personalidad como un elemento básico e imprescindible. Plantea reconocer el conjunto de características y diferencias individuales que nos distinguen de otros, volviéndonos particulares e inconfundibles.

Estos ensayos no cuentan historias. Presentan formas de hacer historia.

Uno puede tener el deseo de convertirse en un *personaje* de la historia. No obstante, el mérito reside, justamente, en lograr que sean los otros los que encuentren en uno a un *personaje* con historia; a un *personaje* de la historia.

Este libro es una oportunidad para que veinte autores peruanos de diferentes generaciones y diversas ideologías, puntualmente seleccionados, acerquen a los lectores a veinte peruanos que durante el siglo XX evidenciaron una destacada participación en el pensamiento político, en la economía y en la cultura nacional del Perú.

Se trata, qué duda cabe, de un número arbitrario que por la exigencia de ser finito, explica su selección en función de su relación con el siglo que acabamos de finalizar, y cuya estela sigue siendo parte de nuestro océano.

Estamos conscientes de que el siglo nos ha dado muchos nombres adicionales; que le debemos una momentánea explicación a todas aquellas valiosas personas que colaboraron, desde sus quehaceres, con el desarrollo moral, político, económico y cultural del país.

Sin embargo, es indispensable que se comprenda que la selección de los personajes que presentamos, realizada al interior de la Universidad, se ha basado, fundamentalmente, en evidencias de biografías edificantes; en ideas que han guiado y marcado la historia del país, así como en el gran reconocimiento nacional e internacional labrado durante sus vidas.

Los autores de los textos, por su parte, son versados en la materia tratada y, en varios casos, han conocido, estudiado o trabajado directamente con los personajes centrales del libro. Ello convierte a cada uno de los ensayos en textos con personalidad y responsabilidad propias.

Estos ensayos tienen, además, la profunda virtud de presentarnos *personajes* del siglo XX mientras, simultáneamente, describen y presentan a los autores. Cada ensayo nos muestra, sin habérselo planteado siquiera, la jerarquización, las huellas y la postura de sus autores. No cabe duda que se trata de un libro que invitará al debate.

Para la construcción y redacción de los textos, los autores han gozado de la mayor libertad de creación, llegando inclusive, en algunos casos, a esbozar apreciaciones o calificaciones personalísimas.

La idea es que a través de estos textos, cortos y de ágil lectura, los jóvenes conozcan a estos veinte grandes peruanos, y que su rica y variada trayectoria los ayude a comprender significativos sucesos acontecidos y sentidos en el Perú a lo largo del siglo XX.

El Fondo Editorial de la UPC quiere agradecer muy sinceramente al doctor Pedro Cateriano Bellido, compilador de esta obra, quien tuvo a bien compartir su proyecto con nosotros y trabajarlo, palmo a palmo, con cada uno de los autores. Sin su dedicación y cariño por recordar lo edificante y constructivo de los personajes seleccionados, este libro no habría sido posible.

A los autores de cada ensayo nuestro más sincero agradecimiento por haber aceptado el encargo con profesionalismo e indescriptible competencia.

Del mismo modo, la UPC quiere y debe dejar constancia de su agradecimiento a REPSOL YPF del Perú, empresa que con su contribución ha hecho posible la edición de este libro.

Lima, diciembre de 2008

Úrsula Freundt-Thurne Freundt
Directora del Fondo Editorial de la
Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UP

**Víctor Raúl Haya de la
Torre**
(1895-1979)



Carlos Espá

Si hay un nombre sin el cual una mirada al devenir social, político y democrático del Perú del siglo XX sería incompleta, ese nombre es el de Víctor Raúl Haya de la Torre. Generación tras generación, el solo hecho de mencionarlo junto a la ideología y a la organización que él fundó el 7 de mayo de 1924, la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), provocaba agitación, quiebre en la conciencia de millones de peruanos, que no daba lugar a medias tintas ni a puntos de encuentro, pues la autodefinición era excluyente y, según el caso, plena de inusitado fervor o rencor. Aprismo y antiaprismo: más que una línea dibujada en la arena, tal incompreensión fue un abismo muchas veces tumultuoso, muchas veces sangriento, ahondado por el infortunio, las ideologías, los prejuicios, las tendencias mundiales, las diferencias de clase y, cómo no, la propaganda. Aprismo y antiaprismo, dos caras de una misma moneda que era el Perú, apartó a gobernantes y gobernados; provocó discordias entre intelectuales, odiosidades entre civiles y militares, desconfianza entre clericales y secularistas, limeños y norteños, ricos y pobres. Hubo miles de hombres y mujeres, compañeros y compañeras, que por simple vocación y entrega lo dejaron todo, lo dieron todo por Haya de la Torre. Marcharon a oscuras durante décadas. Padedieron persecución, desprecio, prisión y exilio. Sacrificaron sus mejores años. Cantaron himnos en medio de la nada. Enarbolaron pañuelos blancos de cara a las dictaduras. Postergaron profesiones. Abjuraron de la comodidad. Descuidaron a los suyos. Renunciaron a la individualidad y escogieron libre y entusiastamente transformarse en carnetizados engranajes de la maquinaria partidaria, la masa compacta y disciplinada que vino en bautizarse pueblo aprista. Algunos cedieron al fanatismo, cayeron en el sectarismo de «solo el APRA salvará al Perú». Otros despreciaron sus promesas, fueron disidentes, apóstatas, incurrieron inclusive en traición. Pero los más, los muchos, ofrecieron ante el altar partidario su presente, su futuro y hasta la vida en un instante. Lo hicieron por él, a quien las multitudes solían referirse, coreándolo militantemente, como «Compañero Jefe» o Víctor Raúl, y a quien en la intimidad sus más allegados llamaban Víctor o «El Viejo».

Fue Haya de la Torre el más importante líder que ha dado el Perú: extraordinario organizador, magistral orador, agitador y conspirador. Al decir de Andrés Townsend, fue más presidente que muchos presidentes y mandó más que muchos mandatarios. Intransigente, rebelde, beligerante y vehemente en la juventud, conciliador y magnánimo en la madurez, antes que socialdemócrata fue un luchador social por la democracia. Infatigable, audaz y memorioso, poseía singular carisma. Fue un hombre profundo, sensible, complejo y contradictorio; fue un noctámbulo, conversador hipnotizante, consumado

táctico y estratega, refinado melómano, aficionado al teatro clásico y a la poesía castellana e inglesa. Fue humanista, pensador, filósofo, pero, sobre todo, fue un intelectual superior que puso inteligencia y voluntad al servicio de una causa de su propia creación, el Partido Aprista, al cual, a lo largo de su azarosa biografía, fuese desde la legalidad, el destierro, el asilo, la clandestinidad de Incahuasi o la cárcel, forjó como se forja el acero en el yunque para impulsar una ideología original y latinoamericanista. Sin llegar a ocupar la primera magistratura de la República, a la que tantas veces lo elevó el pueblo y la que tantas veces le fue arrebatada mediante el fraude o el veto, durante cincuenta años dominó la escena política peruana. Fue el gran catalizador de las facturas pendientes del Perú. Por fin, en 1978, electo presidente de la Asamblea Constituyente, no obstante desfalleciendo ya de muerte por la enfermedad y los años, el saludo que la guardia de honor le dispensó mientras transponía el *Hall* de los Pasos Perdidos, en el recinto parlamentario, sería el gesto mediante el cual la nación se reconciliaba, no con un hijo preclaro, sino consigo misma, extendiéndole de manera pródiga el reconocimiento que en su patria tanto le había sido retaceado, pero que durante décadas había recibido a manos llenas de líderes y pueblos del orbe.

Nació en Trujillo, capital de La Libertad, el 22 de febrero de 1895, en el seno de una distinguida familia que se remonta hasta los próceres de la independencia. Su padre fue Raúl Edmundo Haya y Cárdenas; su madre, Zoila Victoria de la Torre y Cárdenas. Aquel mismo año de 1895 don Raúl Edmundo fundaba el diario *La Industria* de Trujillo. Eran tiempos de convulsión social y política, de cataclismos nacionales y mundiales. En el Perú se vivía una guerra civil no declarada; los estertores de la guerra con Chile y la vergüenza de la subsecuente ocupación y el desmembramiento territorial. Como diría Luis Alberto Sánchez, en aquel entonces el elemento unificador de la patria era el odio que personificaba Manuel González Prada. Civilistas, pierolistas y caceristas pugnaban por el poder. Montoneras estallaban aquí y allá. Bastaba un piquete armado, un capitán avezado que marchara a Palacio de Gobierno a la cabeza de la soldadesca, para que estallase la revuelta. Víctima de una de aquellas algaradas, la de los hermanos Gutiérrez, moriría asesinado el presidente José Balta, quien antes se había levantado en Trujillo contra el gobierno de Mariano Ignacio Prado. Dos de los hermanos golpistas, a su turno, acabarían linchados por la turba enardecida, sus cadáveres colgados de un farol en la Plaza de Armas y, luego, de los campanarios de la Catedral de Lima, antes de ser finalmente devorados por las llamas en una gigantesca pira. El sucesor de Balta, Manuel Pardo y Lavalle, también caería asesinado cuando, en su condición de presidente del Senado, ingresaba al Congreso. Años más tarde, otro magnicidio, el del genocida Sánchez Cerro, rozaría de cerca la vida de Haya de la Torre. De un modo u otro, su familia nunca estuvo exenta de los ires y venires de la política, de esos súbitos avatares del destino, al extremo que, en 1904, con la victoria presidencial de José Pardo y Barreda, don Raúl Edmundo sería electo al Congreso por la

bancada del general Andrés A. Cáceres.

Aunque la ciudad de Trujillo en la que Haya de la Torre transcurrió su niñez y adolescencia era todavía señorial y cultora de refinadas formas, el germen de la convulsión social ya había anidado en la región. Con la introducción del latifundio y el gran capital extranjero en las plantaciones cañeras de los circundantes valles de Chicama y Santa Catalina, aparecieron las primeras insurgencias sindicales que exigían la jornada laboral de ocho horas. Así también la economía de enclave, frente a cuya competencia los pequeños y medianos comerciantes trujillanos estaban irremediablemente perdidos, trasladaría del campo a la ciudad el malestar primero, la protesta después. Desde muy temprano, Haya de la Torre siguió con acuciosidad aquellos y otros desenvolvimientos: en la proximidad, junto a los trabajadores de la Liga de Obreros y Artesanos del Perú, con quienes se reunía en un local vecino a la casa paterna y gracias a cuyos contactos se familiarizó con el anarcosindicalismo y el inflamado discurso de Manuel González Prada; en la lejanía, respecto a la rebelión de Rumi Maqui en Puno y los levantamientos reivindicativos étnico-indigenistas de campesinos explotados por el gamonalismo, cual bestias de carga, mediante el alcohol y la coca, y que en el sur andino eran aplastados a fuego de metralla para encender aun más la animadversión al centralismo limeño.

Iniciado en las lides del periodismo en *La Industria* y estudiante de Letras en la Universidad de Trujillo, en 1914 el joven Haya de la Torre se incorpora al Grupo Norte, suerte de cofradía intelectual libertina que animaba el filósofo Antenor Orrego y que integraba una generación de brillantes y ambiciosos jóvenes; entre ellos César Vallejo, Alcides Spelucín, Macedonio de la Torre, José Eulogio Garrido, Carlos Manuel Cox, Ciro Alegría e, inclusive, Enrique López Albújar. Es en la época del Grupo Norte cuando se registra el célebre brindis que César Vallejo dedica a Víctor Raúl: «Yo poeta alzo mi copa por este Pichón de Cónдор. Yo profeta anuncio que volará alto, muy alto, y será grande, grande, grande». Lo cierto es que 1914 habría de ser un año decisivo en la evolución política e ideológica de Haya de la Torre. En el Perú, el intento reformador y populista del presidente Guillermo Billingurst, quien infructuosamente había pretendido amansar a la República Aristocrática, era interrumpido de manera abrupta por el golpe de Estado del coronel Óscar R. Benavides. Fue un golpe cruento. El entonces ministro de Guerra, general Enrique Varela, héroe de la guerra del Pacífico, sería asesinado en Trujillo. Los índices acusadores apuntaron directamente al coronel Benavides. Nuevamente el sino de la dictadura y la impermeabilidad al cambio se imponía sobre los peruanos.

En el mundo, 1914 fue además el año trepidante en que se sucedieron, uno tras otro, acontecimientos que causaron profunda impresión en Haya de la Torre y que más tarde le inspiraron en la formulación del «Programa máximo» del APRA. El 28 de junio de 1914 era asesinado en Sarajevo el heredero al trono austriaco, el archiduque Francisco Fernando. Su muerte detonó la Primera Guerra Mundial. El polvorín de la región de

los Balcanes y el contexto de una política de alianzas de las potencias europeas y de conflictos, «limpiezas étnicas» y odios irresueltos en Bulgaria, Grecia Montenegro, Serbia y Macedonia arrastró a Europa y luego a Estados Unidos a la hecatombe. Tal conflagración fue el prolegómeno de la caída del zarismo en Rusia y la aparición de nuevas formas de totalitarismo: comunismo, nazismo y fascismo. Por otro lado, en enero de aquel 1914, Sun Yat-sen, fundador del Kuomintang, y quien ya había sido presidente provisional de China, adquiriría estatura mundial desde el exilio, al convertirse en la única alternativa republicana viable para el gigante asiático, tras la disolución del Parlamento y la fugaz restauración imperial de Yuan Shikai.

Pero fueron los sucesos de 1914 en América Latina los que marcaron más vívidamente la conciencia de Haya de la Torre. En medio de la convulsión de la Revolución mexicana, Estados Unidos interviene militarmente en la guerra civil y unidades de su Marina ocupan el puerto de Veracruz. Esa intervención precipitaría la caída del presidente Victoriano Huerta, el ascenso de Venustiano Carranza y la posterior aprobación de la Constitución de Querétaro, con su reforma agraria y nacionalización de tierras e industrias. Ello, sin embargo, no aplacó a las fuerzas de Pancho Villa y Emiliano Zapata. Años después, ambos líderes populares y agraristas acabarían vilmente asesinados.

También en 1914 el presidente Woodrow Wilson inauguraba el Canal de Panamá, estratégico y centenario proyecto que, mediante elaborado sistema de esclusas de más de ochenta kilómetros, unía dos océanos. Simbolizaba la conquista de la última frontera en el destino manifiesto de Estados Unidos por convertirse en la gran potencia del mundo y, de paso, imponer su hegemónico tutelaje sobre América Latina. Siendo el más portentoso trabajo de ingeniería jamás concebido, el canal constituía una herida abierta en el mapa del continente. Panamá, país inventado por Estados Unidos, arrancado a Colombia por la fuerza del garrote y las cañoneras del presidente Theodore Roosevelt, había cedido a los estadounidenses, por término indefinido y mediante el tratado Hay-Bunau-Varilla, todos los derechos, poder y autoridad sobre la zona del canal.

Es en este contexto nacional e internacional en el que deben interpretarse los arrestos de rebeldía auroral del fundador del aprismo. Muy pronto su vida se vería envuelta en la vorágine de los acontecimientos. En unos pocos años llegarían para él la presidencia de la Federación de Estudiantes del Perú; la jornada de las ocho horas, conquistada de la mano de los obreros anarcosindicalistas; su impulso a la reforma universitaria, inspirada en el Movimiento de Córdoba, junto a Luis Alberto Sánchez, Raúl Porras Barrenechea y Jorge Basadre; y la creación de las Universidades Populares Manuel González Prada, en las que colaboró José Carlos Mariátegui. Para 1922, a la edad de veintisiete años, a su retorno al país de su primera gira internacional que comprendió Bolivia, Argentina, Uruguay y Chile, Haya de la Torre era ya un político reconocido en el Perú y en la región. Había sido recibido por el presidente de Argentina, Hipólito Yrigoyen, y trabado amistad con líderes

e intelectuales del nivel de José Ingenieros y Gabriela Mistral.

No es de extrañar, por tanto, que el presidente Augusto B. Leguía lo convocara a Palacio de Gobierno. Este episodio, que, a su turno, le fue confiado por el propio Víctor Raúl, es relatado por el presidente Alan García: «Durante la cena, Leguía lo condujo a lo que entonces sería el comedor, en el actual salón Túpac Amaru, y le dijo: ‘Joven Haya, usted es muy inteligente, usted necesita mucha formación, quizá usted debería viajar por Europa’. Le hizo la propuesta de enviarlo cinco años a Europa como una especie de embajador. Se trataba de la oferta de un superhombre que era Leguía. Haya se fue pensando. Naturalmente lo alteró en su orgullo joven que le ofrecieran algo que lo ofendía, pero que a la vez era interesante. A la noche siguiente, en el Teatro Segura, vio una obra de Jacinto Benavente en la que un príncipe persigue a una pastora para adueñarse de ella. El príncipe llega hasta la choza donde vive la familia y todos se ponen de rodillas, pues lo confunden con un dios por la manera en que está vestido. Entonces el príncipe hace la reflexión: ‘Si estos creen que soy un dios, tengo que comportarme como un dios’. En ese momento Haya pensó: ‘Si Leguía cree que soy muy inteligente y que tengo gran futuro, debo portarme así’. Rechazó la oportunidad que lo hubiera parametrado y, entonces, al poco tiempo lo echaron del país»⁶⁵.

En efecto, por encabezar la oposición a la consagración del Perú al Sagrado Corazón de Jesús, que el presidente Leguía pretendía como maniobra para una reelección constitucionalmente proscrita, Haya de la Torre es apresado en octubre de 1923 y directamente conducido a la isla-penal San Lorenzo. Se declara en huelga de hambre absoluta. La ciudadanía y el movimiento obrero protestan mediante paro general. El gobierno reacciona con violencia. Balas, bastonazos y sable de caballería son el lenguaje al que apela el régimen. Se dispone la clausura de las Universidades Populares. Estudiantes y obreros caen víctimas de la gendarmería. Es en este ambiente de convulsión social que el 7 de octubre de 1923 Leguía decide deportar a Haya de la Torre. Sería el primer destierro. A bordo del vapor *Negada*, parte rumbo a Panamá, punto inicial de un exilio que se prolongaría ocho años.

De Panamá, Haya de la Torre pasó a Cuba, entonces ocupada por Estados Unidos, merced a la Enmienda Platt, y de la isla enrumbó a México, país en el que es recibido por Gabriela Mistral y destacados intelectuales y artistas, incluidos los pintores Diego Rivera y José Orozco. Gobernaba México el general Álvaro Obregón. Su ministro de Educación, José Vasconcelos, acoge a Haya de la Torre y lo nombra su secretario.

Es en México que, el 7 de mayo de 1924, se registra la fundación del APRA. Haya de la Torre entrega al presidente de la Federación de Estudiantes la bandera de Indoamérica, la cual abarca, desde el sur del Río Grande, veinte naciones hasta el Cabo de Hornos. En

65 Cfr. García y Espá 2008: 120-121.

su discurso, Haya de la Torre proclama: «Esta bandera flameará primero sobre las soñadoras muchedumbres de las juventudes que van abriendo el camino y más tarde serán los pueblos, comprendedores de los ideales bellos y justos, los que la agiten en el tumulto estremecido de sus luchas». Dos años después, en diciembre de 1926, Haya de la Torre publicaría bajo el título «What is the Apra?» en *The Labour Monthly*, órgano de difusión del Partido Laborista inglés, el artículo que es considerado el programa fundacional aprista. Contiene los cinco puntos del «Programa máximo»:

- Acción contra el imperialismo yanqui.
- Unidad política de América Latina.
- Nacionalización de tierras e industrias.
- Internacionalización del Canal de Panamá.
- Solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidas del mundo.

Es importante resaltar que, tanto en el discurso fundacional como en el programa de cinco puntos, ya se advierte que la acción política en ciernes concebida por Haya de la Torre es explícitamente inclusiva y comprende a estudiantes, obreros, campesinos y clases medias. Ello, en oposición a la prédica del comunismo internacional, encarnado en el Komintern.

Entre la fundación del APRA y el artículo en *The Labour Monthly*, Haya de la Torre viaja a Europa y a la Unión Soviética, donde conoce a Leon Trotsky, Nikolái Bujarin, Gregory Zinoviev y Anatoly Lunacharski, jefes de la revolución, quienes aún no habían sufrido las implacables consecuencias de la razia estalinista. Comprueba in situ la grave ignorancia que acerca de América Latina campea en Moscú. Posteriormente, se matricula en The London School of Economics y Oxford. Serían años de activismo febril, organización de células apristas en Europa, la primera en París, y en América y, también, de metódico estudio, observación y reflexión, en los que perfiló un análisis crítico de las revoluciones mexicana y soviética. A la primera, pese a su heroísmo, la consideró intuitiva y desordenadamente reivindicativa. Respecto a la segunda, comprendió que se trataba de un proceso singular e intransferible a la realidad latinoamericana: «Sovietizar y rusificar el mundo, como lo vienen proclamando los propagandistas pueriles, es un romanticismo tan sincero como ingenuo».

A medida que el pensamiento aprista se decantaba, la colisión con el comunismo también se hacía inevitable. En febrero de 1927 tiene lugar el Primer Congreso Antiimperialista Mundial en Bruselas. Haya de la Torre protagoniza un encendido debate con Julio Antonio Mella, a la sazón convertido en agente comunista. Haya plantea la tesis del partido de frente único, no sometido a los dictados de Moscú ni a través de la Tercera

Internacional o sus Ligas Antiimperialistas, y que incluyese tanto a obreros y campesinos como a la pequeña burguesía: «Un partido antiimperialista indoamericano no puede ser un partido de clase. Menos un partido de remedo o calco europeo y antidemocrático. Y, menos todavía, un partido sometido a dirección extranjera. Un partido antiimperialista indoamericano debe ser un partido nacional de frente único que agrupe a todas las clases sociales amenazadas por la explotación y que no suprima la libertad del hombre».

Tras el Congreso de Bruselas, queda claro que Haya de la Torre y el APRA no aceptarían «soluciones mágicas ni generalizaciones simplistas» trasladadas mecánicamente de Europa y Asia a América Latina. Tampoco aceptarían convertirse en comparsa o agentes de Moscú. La respuesta de los comunistas, a la que se aunaría Mariátegui, sería violenta y sectaria. El propio Julio Antonio Mella, quien antes de su conversión al comunismo había redactado un exaltado panegírico en homenaje a Haya de la Torre, trocó el elogio por el denuedo y publicó «¿Qué es el ARPA?», un panfleto plagado de desorbitadas invectivas que lo acusaba de «reformista» y «agente del imperialismo británico».

En su obra cumbre, *El antiimperialismo y el APRA*, culminada en México el 23 de mayo de 1928, Haya de la Torre responde a este y otros ataques del comunismo internacional. El libro demoraría siete años en salir a la luz, debido a la falta de medios y porque Haya de la Torre sufre un nuevo destierro en circunstancias en que se alistaba a trasladarse a Nicaragua para ponerse a órdenes de Augusto César Sandino. De cualquier modo, *El antiimperialismo y el APRA* constituye un claro y explícito deslinde con el comunismo: «El movimiento antiimperialista, que es y debe ser movimiento de frente único, demanda una organización política de frente único también. Las Ligas Antiimperialistas no bastan y el Partido Comunista sobra»⁶⁶. Desde 1927 Haya de la Torre había venido propugnando la tesis del partido de frente único según el modelo del Kuomintang chino: «El Kuomintang no fue fundado como partido de clase sino como un bloque o frente único de obreros, campesinos, clases medias, organizado bajo la forma y disciplina de partido, con programa y acción política concretos y propios. Sun Yat-sen, uno de los más ilustres espíritus creadores de nuestros tiempos, vio bien claro en su época que no era posible establecer en China un partido puramente de clase —socialista— o exclusivamente comunista más tarde. Lo admirable de la concepción política de Sun Yat-sen estuvo en su realismo genial»⁶⁷.

Crítico y negador dialéctico del marxismo, Haya de la Torre señaló que la línea de divergencia entre el APRA y el comunismo había quedado fijada definitivamente en el Congreso de Bruselas de 1927. «El APRA plantea una total separación de los comunistas criollos, rendidos ante el sanctasanctorum de su fría ortodoxia, cuyo velo inmutable no se atreven a levantar. Quien está de rodillas no camina y, si lo intenta sin ponerse previamen-

66 Cfr. Haya de la Torre 1936: 59.

67 Cfr. Haya de la Torre 1936: 69.

te de pie, tendrá que arrastrarse. Esto es lo que ha ocurrido en Indoamérica a los comunistas criollos. Los resultados de su posición de inmóviles repetidores del credo importado se comprueban en la estagnación del movimiento de la Tercera Internacional en nuestros países. Para tranquilidad y satisfacción del imperialismo y de la explotación feudal, los dogmas moscovitas carecen de significado y de contenido en nuestros pueblos»⁶⁸.

No es casual que el primero en acuñar el término «antiaprista» y autoproclamarse como tal fuera un comunista: Ricardo Martínez de la Torre. En 1933, publica el libelo *Páginas antiapristas* y acusa a Haya de la Torre de defender los intereses de la burguesía. No es casual tampoco que los comunistas se declarasen enemigos del APRA, pues el Estado antiimperialista era una alternativa popular y democrática que se interponía en sus afanes de instaurar la dictadura del proletariado. A sus críticas doctrinarias los comunistas agregaron descalificaciones altisonantes e infundios de toda laya en los que, paradójicamente, coincidieron con la oligarquía peruana y latinoamericana y los poderes fácticos empeñados en cerrar el paso al APRA. Comunistas y oligarcas compartirían durante décadas su odio irracional al aprismo y a Haya de la Torre. Para los comunistas, el APRA era la derecha. Para la derecha, el APRA era el comunismo. Ese odio compartido explica por qué, durante el siglo XX, los comunistas criollos se auparan cómplicemente a dictaduras de todo pelaje, embozadas y desembozadas, en su afán por destruir al APRA. Quien mejor personificó aquella malhadada asociación fue el agente comunista y mayordomo de la oligarquía Eudocio Ravines.

En agosto de 1930, el Oncenio, régimen de Leguía, llega abruptamente a su fin, con el levantamiento del comandante Luis Sánchez Cerro. El colapso del leguismo no resultó de una insurrección popular. Fue más bien consecuencia de conspiraciones palaciegas y oligárquicas que, en el marco del natural desgaste por el prolongado ejercicio del mando, utilizaron el descontento social para desplazar a un antiguo adversario del civilismo. El éxito de dichas conjuras se debió al derrumbe del sistema financiero mundial tras el *crack* de Wall Street, el Viernes Negro de 1929. El pronunciamiento de Sánchez Cerro fue redactado por José Luis Bustamante y Rivero. Pronto el cuartelario caudillo fue objeto de los halagos de la oligarquía mercantilista. El viejo civilismo colmó de loas la mente y de escarapelas y chaflonería el pecho del comandante, a fin de convertirlo en su cancerbero; ciego puñal castrense, perro de presa de una casta. Un mes después de la caída de Leguía, la noche del 20 al 21 de setiembre de 1930, se funda el Partido Aprista Peruano.

Haya de la Torre recién retorna al Perú el 12 de julio de 1931. Ingres a través de Talara. Es recibido triunfalmente en Trujillo, ciudad en la que se reencuentra con sus padres y hermanos después de nueve años de ausencia. Ya desde mayo de aquel año en

68 Cfr. Haya de la Torre 1936: 118.

el Perú se entonaba la «Marsellesa aprista»: «Apristas, a luchar. Unidos a vencer. Fervor, acción, hasta triunfar nuestra revolución». Después vendrían «La marcha aprista» y «La marcha de los caídos». También en mayo de 1931 Manuel Seoane y Luis Alberto Sánchez habían fundado el diario *La Tribuna*. De manera que la presencia de Haya de la Torre era esperada por las muchedumbres tanto en las ciudades como en los villorrios y haciendas. Pueblo por pueblo, Haya de la Torre se dirige a Lima. Recorre Cajamarca, Chimbote, Recuay, Caraz, Supe, Barranca y Huacho. Llega a la capital el 15 de agosto. Preside un multitudinario mitin en la plaza San Martín. El 23 de agosto se dirige nuevamente al pueblo aprista, esta vez concentrado en la plaza de Acho. Expone «El programa mínimo» y «El plan de acción». Treinta mil personas acuden a escucharlo. Ante ellos, Haya de la Torre proclama la necesidad de equilibrar la economía nacional y el capital extranjero. Afirma que es posible «vivir en buena relación con el capital extranjero, haciendo de este un elemento cooperante para el desarrollo económico nacional»⁶⁹. Explica asimismo los fundamentos del Estado antiimperialista: democrático, científico, participativo y meritocrático. Define revolución como «evolución, renovación, sujeta siempre a los imperativos y limitaciones de la realidad»⁷⁰.

A Lima siguieron La Oroya, Cerro de Pasco, Tarma, Huancayo, Iquitos, Arequipa, Puno, Cusco, Tacna, Huánuco. El 11 de octubre de 1931, tras apenas tres meses de campaña, se desarrollan los comicios presidenciales. Lo que debió ser una arrolladora victoria aprista se convirtió en un burdo fraude, según consta en la *Enciclopedia Británica*. «El escrutinio empezó a marcar ventaja para Haya sobre Sánchez Cerro cuando ocurrió lo que se temía. Las ánforas que guardaba un Jurado Nacional de Elecciones comprometido con el civilismo fueron cambiadas y Sánchez Cerro tomó la delantera. No fue bastante y se anularon las elecciones de Cajamarca, entonces segundo electorado del país, donde el partido del pueblo había ganado en forma concluyente. Años más tarde, al hacerse obras de albañilería en el local ocupado en 1931 por el jurado, se encontró las ánforas cambiadas, cuyo contenido revelaba el triunfo de Víctor Raúl y los candidatos apristas»⁷¹.

Aquel fraude y el inmediato e instintivo impulso tiránico y represivo de un régimen con inclinaciones perversamente fascistas darían pie a un clima de confrontación social en la linde de la guerra civil. Haya de la Torre es encarcelado el 6 de mayo de 1932. Al día siguiente se amotina la tripulación de la marinería de los cruceros *Grau* y *Bolognesi*. Fue un acto de rebeldía juvenil que no provocó víctimas. Pero la sed de venganza exigía sangre. De inmediato y sin juicio de por medio, apenas un remedo de corte marcial, ocho marineros son fusilados en la isla San Lorenzo. Se colman las cárceles de presos políticos.

69 Cfr. Haya de la Torre 1977: 375.

70 Cfr. Haya de la Torre 1977: 97.

71 Cfr. Townsend 2004: 369.

Como no caben ya en las gélidas San Lorenzo y El Frontón, tampoco en El Sexto, se inauguran campos de concentración en Satipo y Madre de Dios. Exactamente dos meses después, el 7 de julio de 1932, se produce la Revolución de Trujillo, levantamiento popular que se precipita con la toma del Cuartel O'Donovan y la captura de los jefes militares y policiales de la ciudad. La población civil es bombardeada por la Fuerza Aérea y, desde el puerto Salaverry, cañoneada por el crucero *Grau*. Con ello, Sánchez Cerro se convierte en infame precursor de Guernica. En medio del caos y la furia desbordada, un número de oficiales rehenes es victimado por la turba. En respuesta, la represión gubernamental se torna atroz y brutal. En aquel Año de la Barbarie se escribió una de las páginas más réprobas de nuestra historia: con infinita inmisericordia miles de peruanos y peruanas fueron asesinados en las trincheras o fusilados a mansalva en improvisados paredones en la Huaca de Mansiche, en las ruinas de Chan Chan. Aquel Año de la Barbarie sería también el inicio de un encono sáurico y longevo del grueso de las Fuerzas Armadas hacia el APRA. Al decir de Andrés Townsend: «En 1932 se diseñó la maniobra maestra de la oligarquía reaccionaria peruana con el fin de impedir el acceso del aprismo al poder. Incapaces de organizar un partido político que compitiera con el APRA decidieron convertir a las Fuerzas Armadas en una suerte de fuerza política sustitutoria penetrada de un antiaprismo visceral y ciego. La clase conservadora peruana no quiso o no pudo fundar un partido conservador o de derecha, pues fue orgánicamente incapaz de practicar la mínima disciplina que impone una militancia partidaria. La tendencia derechista peruana careció de partido y desde luego de ideología. En cambio, rodeó al Ejército, lo aduló sin recato y dejó a los hombres de uniforme mandar a su antojo, dentro de los límites del interés de su clase, siempre que la oligarquía y sus apoderados manejaran a su gusto la economía⁷²».

A la Revolución de Trujillo sobrevendrían los alzamientos de Cajabamba, Huaraz y Cajamarca. El 18 de febrero de 1932 la representación congresal aprista, compuesta por veintitrés parlamentarios, había sido desaforada en pleno al amparo de la Ley de Emergencia. El APRA quedaba fuera de la ley. Su líder máximo permanecía encarcelado bajo severas condiciones de aislamiento en el Panóptico. En semejante trance, el régimen de Sánchez Cerro es objeto de repulsa internacional. El tirano recibe innumerables cartas de indignada protesta, provenientes de todos los confines del planeta. Las envían intelectuales como los Premio Nobel Romain Rolland, Gabriela Mistral, Bertrand Russell, George Bernard Shaw y personalidades de la talla de Mahatma Gandhi, George Lansbury, José Ortega y Gasset, Miguel de Unamuno, Gregorio Marañón, Luis Jiménez de Asúa, Alberto Lleras Camargo, Germán Arciniegas, Jorge Eliécer Gaitán. Exigen respeto a la vida y liberación inmediata para Haya de la Torre. Como botón de muestra está el cablegrama enviado por Albert Einstein: «Destrucción de ilustres personas es detrimento e

72 Cfr. Townsend 2004: 373.

ignominia para colectividades nacionales y universales. Vosotros asumís la grave responsabilidad sobre la suerte de Haya de la Torre»⁷³.

El 30 de abril de 1933 Sánchez Cerro muere asesinado por un fanático. Se declara el estado de sitio. En póstumo enroque de sátrapas, asume la presidencia el general Óscar R. Benavides, a quien el Congreso encarga completar el periodo de Sánchez Cerro. Al muerto y al sucesor los une su simpatía por el fascismo y sus impulsos tanáticos. Aun así, en agosto del mismo año, se decreta amnistía general. Haya de la Torre abandona la penitenciaría y miles de apristas recuperan la libertad y retornan del destierro. La primavera sería, no obstante, efímera. Duraría escaso año y medio. En noviembre de 1934 el aprismo es nuevamente proscrito, sus militantes encarcelados, sus dirigentes forzados al exilio. Es el inicio de la larga clandestinidad, según la describe Luis Alberto Sánchez: «Diez años, cinco meses, veintitrés días, entre noviembre de 1934 y mayo de 1945».

Para las elecciones presidenciales de 1936, Haya de la Torre, por tanto, se encontraba vetado. En aquellos comicios, el APRA endosó sus votos a la candidatura independiente de Luis Antonio Eguiguren Escudero, jurista y político honesto, ex alcalde y diputado por Lima, quien había renunciado a la presidencia del Congreso Constituyente en protesta por la espuria Ley de Emergencia de Sánchez Cerro. Eguiguren ganó limpiamente la elección, pero el general Benavides anuló el proceso. Alegó grotescamente: «El candidato Eguiguren no ha triunfado legalmente porque sus votos apristas provienen de un partido proscrito». Así, de un plumazo, Benavides permaneció tres años más en el poder, con una Constitución modificada a su medida mediante burdo plebiscito y un Congreso escualido, groseramente domesticado y reducido a la tercera parte de sus miembros. En fraudulentos comicios de 1939, es electo presidente Manuel Prado, bautizado el «Stalin peruano», por su alianza con los comunistas. La derecha financiera y el comunismo criollo, mandadero de Moscú, se daban la mano contra Haya de la Torre. El APRA votó en blanco. Finalizado el recuento, resultó inocultable que el caudal aprista, el número de votos en blanco y viciados, era, pese al fraude, prácticamente equivalente a los obtenidos por Prado.

No sería hasta 1945 que el APRA recobraría sus derechos de ciudadanía. Para entonces, la Segunda Guerra Mundial había concluido, derrotados el fascismo y el nazismo. En la Unión Soviética, la siniestra dictadura de Josef Stalin eliminaba físicamente el más mínimo atisbo opositor. Era el capitalismo de Estado convertido en social imperialismo. Millones murieron asesinados. Un telón de acero, al decir de Winston Churchill, se cernía sobre Europa. Pero las «cuatro libertades» (política, económica, religiosa y de expresión), el New Deal y la política del buen vecino de Franklin Roosevelt ofrecían al mundo, en general, y a América Latina, en particular, la esperanza de una vida mejor. La cooperación democrática reemplazaba a la política del garrote y a la diplomacia de las cañoneras.

73 Cfr. Rodríguez 2006: 200.

Atento observador de las tendencias internacionales, la evolución ideológica de Haya de la Torre, ya advertida en 1931, con la tesis del imperialismo ambivalente y la primera etapa del capitalismo, se había profundizado bajo el influjo de John Maynard Keynes, quien planteaba un intervencionismo estatal y políticas anticíclicas para impulsar el crecimiento económico. De 1935 es el esbozo de la tesis del espacio tiempo histórico. En 1941, Haya de la Torre publica el *Plan para la afirmación de la democracia en las Américas*. «Fue su respuesta a Roosevelt. Afirmó la necesidad de recoger y comprender el cambio extraordinario de la política norteamericana. Exigió que, al lograrse la victoria democrática en la guerra, se dieran dos pasos concretos para la buena vecindad. En primer lugar, crear el Banco de Exportación e Importación Interamericano. En segundo lugar, la constitución de una Unión Aduanera y Comercial de América Latina con Estados Unidos»⁷⁴.

Así, el gran hito doctrinario de la larga clandestinidad es el interamericanismo democrático sin imperio, concepto incorporado como sexto punto del «Programa máximo» del APRA en el congreso clandestino del partido en 1942. Expresa el afán por «establecer relaciones más justas entre ambas Américas y afirmar la defensa mancomunada de la democracia frente al fascismo internacional». Es más, en 1948, Haya de la Torre declararía que la internacionalización del Canal del Panamá, punto cuatro del «Programa máximo», debía entenderse como interamericanización.

A este periodo corresponde asimismo la aproximación de Haya de la Torre a la Iglesia católica. Atrás quedaba el violento divorcio con la jerarquía eclesiástica registrado durante el leguismo. Desde 1935, con el Primer Congreso Eucarístico Nacional, se había observado en el Perú un renacimiento del sentimiento y la fe religiosos que dio lugar a Acción Católica, organización que promovía una vida familiar, laboral y universitaria de contenido católico. Al mismo tiempo, el papado de Pío XII había impregnado a la Iglesia de un talante reformador y de apertura, incentivado la participación de laicos en la liturgia y flexibilizado la posición del Vaticano hacia la Iglesia ortodoxa y el movimiento ecuménico. En ese contexto Haya de la Torre abandona en 1942 la tesis de la separación entre Iglesia y Estado, y rechaza la necesidad de conflicto entre religión y ciencia.

El 20 de mayo de 1945, la plaza San Martín es el escenario para el «Discurso del reencuentro». Aquella es la más grande manifestación de la que se tenga memoria en la historia del Perú. Haya de la Torre proclama: «No se trata de quitar riqueza al que la tiene, sino de crear riqueza para el que no la tiene»⁷⁵.

Sin embargo, el destino (o el azar, según Jorge Basadre) no siempre es propicio para que ideología y praxis vayan de la mano, particularmente cuando en ello participan cientos de miles de personas. «El Partido Aprista estaba en ascenso. Quizá si en el más

74 Cfr. García 2008: 62.

75 Cfr. Haya de la Torre 1977: 146.

alto nivel de todos los tiempos»⁷⁶. Esa colosal fuerza organizativa combinada con tantos años de privación, «de martirologio y catacumbas», como los llamó Haya de la Torre, condujo a la impaciencia y a la intolerancia a muchos apristas. En verdad, no era humanamente posible que una década de injusta proscripción, de tantas ofensas, no hubiese dejado huella en el alma de la militancia y de su dirigencia. A ello se agregó un agravio adicional. El alto precio que el APRA debía pagar por la recuperación de la legalidad para el partido y de la democracia en el Perú consistía en un nuevo veto a la candidatura de Haya de la Torre.

José Luis Bustamante y Rivero resulta entonces designado candidato del Frente Democrático Nacional, cuya columna vertebral es el Partido del Pueblo. Haya de la Torre participó entusiasta y personalmente en la campaña. Si en las tribunas el candidato era Bustamante y Rivero, quien en realidad presidía los mítines era Haya de la Torre. En pulquérrimos comicios del 10 de junio de 1945, Bustamante y Rivero obtiene arrasadora victoria sobre su único contendor, el mariscal Eloy Ureta, vencedor del conflicto con el Ecuador de 1941. La proporción de votos es dos a uno. Tan propicias circunstancias para el Perú, empero, naufragarían muy pronto en un mar encrespado por el sabotaje oligárquico, en complicidad con los comunistas, que dejó sin quórum al Senado, la impericia administrativa y la impaciencia política del aprismo, así como por la desubicación y personal inoperancia de Bustamante y Rivero, empeñado en ignorar por qué y por quién ocupaba la presidencia. De 1947 a 1948 Bustamante y Rivero legisla por decreto. En su tercer año de gobierno, inaugura un gabinete conformado por militares. El 3 de octubre de 1948 Bustamante y Rivero decreta la ilegalidad del aprismo y ordena la captura de sus líderes. El 27 de octubre de ese mismo año el clima de crispación política, escasez y acaparamiento de subsistencias es aprovechado por la plutocracia que financia al general Manuel A. Odría, ex ministro de Bustamante y Rivero, para dar el golpe de gracia a un régimen desahuciado a los tres años y tres meses de su instalación. La primera acción del gobierno de Odría es convalidar el decreto de Bustamante y Rivero que proscribió al APRA y arremeter contra sus líderes y militantes a quienes encarcela o deporta.

Haya de la Torre solicita asilo y se refugia en la embajada de Colombia el 3 de enero de 1949. Con la peregrina excusa de que al Estado perseguidor corresponde calificar el delito del que se acusa al perseguido, el régimen de Odría mantuvo a Haya de la Torre recluido en esa embajada durante más de cinco años. El caso llegaría a la Corte Internacional de Justicia de La Haya. El APRA sufrió con estoicismo el renovado vituperio oficialista, más persecución, destierro y cárcel. De allí la tan certera frase de Enrique Chirinos Soto: «Cada vez que Haya está libre, el Perú tiene democracia. Cada vez que está perseguido, refugiado o desterrado, el Perú padece una dictadura. Curioso paralelismo entre la vida a

76 Cfr. Chirinos Soto 1984: 95.

salto de mata del fundador del APRA y los azares de la libertad en la tierra de los incas»⁷⁷. Recién en abril de 1954 Haya de la Torre recobra la libertad. De su tiempo en el encierro es la obra *Treinta años de aprismo*.

El 28 de julio de 1956 el APRA retorna a la legalidad, con la llegada de Manuel Prado al poder. Se acentúa el grito «¡El APRA nunca muere!». Es el inicio de la Convivencia Democrática. Durante este periodo, «Haya quiere transmitir a los apristas su entusiasmo por los *kibutz* de Israel, la lucha por ganar espacio al mar de los Países Bajos, los sistemas cooperativos nórdicos, los experimentos de cogestión en Alemania Federal, las medidas de fomento industrial acelerado de Taiwán, la formación del Mercado Común Europeo. Para Haya, el programa y la política apristas debían estar a la altura de esta dinámica mundial»⁷⁸. Para entonces, el Perú se encuentra ante el Haya estadista, el patriarca, el buscador de consensos, el magno demócrata. En 1961, a contracorriente de una moda que recorría América Latina, Haya de la Torre rechaza la Revolución cubana y advierte que Fidel Castro, al subordinarse a la Unión Soviética, impondría irremediamente una dictadura. *Ad portas* de las elecciones de 1962, Haya de la Torre es blanco de inmisericordes ataques, para variar, provenientes por igual de la derecha y del comunismo. A pesar de cierta disidencia, de determinadas deserciones que dan lugar a un minúsculo grupo guerrillero, la respuesta de la militancia no se resquebrajó. Su lema: «A más calumnias, más aprismo».

El 10 de junio de 1962, por primera vez desde 1931, Haya de la Torre puede postular a la presidencia; son más de treinta años de itinerario marcado por la exclusión y la injusticia. Culminado el escrutinio, Haya de la Torre obtiene la victoria, pero, por escasísimo margen, no alcanza el tercio de los votos exigido por la Constitución. El Congreso es el llamado a elegir, pero las Fuerzas Armadas tienen planes distintos, ominosos y siniestros. Alegan «voluntad de fraude», vetan a Haya de la Torre y el 18 de julio de 1962 invaden el recinto parlamentario. El presidente Prado es depuesto. Es el retorno a «la normalidad» de Martín Adán. Se ha perpetrado un nuevo golpe de Estado antiaprista; igual de antiaprista al que sobrevendría el 3 de octubre de 1968 al mando del general Juan Velasco.

Tendrían que transcurrir dieciséis años para que, por fin, el Perú desagraciara a Haya de la Torre. En las elecciones para la Asamblea Constituyente del 18 de junio de 1978, el APRA obtiene más de 35% de los votos; el mejor resultado electoral de su larga trayectoria. A los ochenta y tres años de edad, Haya de la Torre recibe más de un millón de votos. Fieles a su dúplice y añejo proceder, los comunistas pretenden formar un bloque antiaprista para impedirle acceder a la presidencia de la Asamblea. En enaltecedor gesto, que revela su sentido de la historia y del decoro, y que muestra su estatura política y personal,

77 Cfr. Chirinos Soto 1984: 164.

78 Cfr. Vallenás 2006: 245.

Luis Bedoya Reyes desoye semejantes cantos de sirena. El 28 de julio de 1978 Haya de la Torre es ungido presidente de la Asamblea Constituyente por derecho propio y por la voluntad del pueblo. Recibe el saludo de la guardia militar de honor mientras se escuchan los acordes de la «Marcha de banderas». Es el final de una guerra civil no declarada pero latente. Luis Alberto Sánchez reflexiona: «Si uno examina el aporte castrense a la vida cívica nacional no puede ocultar una mueca de desencanto. No se trata de antimilitarismo doctrinario. No. Se trata de comprobar, sin lugar a dudas, los efectos de una educación malsana y antinacional. La nación reside y se apoya en el pueblo, no en el Estado, que, en este caso, traicionó a la nación y empobreció al pueblo»⁷⁹.

En su discurso inaugural, Haya de la Torre exclamará emocionado: «Recuerdo y rindo homenaje a los héroes anónimos de la clandestinidad y la persecución. A los que resistieron, estoicos, largos años de cárcel y torturas. A los que padecieron la estrechez y la angustia del destierro. A los que mantuvieron, bajo tiranías y dictaduras, viva y alta la esperanza de un Perú libre, justo y culto». Un año después, el 12 de julio de 1979, firma la Constitución. Exánime por la salud quebrantada, el final se aproxima. El 2 de agosto de 1979 muere. Se apaga la vida, pero no se extingue el espíritu del gran luchador. La profecía del poeta se ha cumplido. En efecto, Haya de la Torre ha volado alto, muy alto, y su legado es grande. Gracias a él, en un país como el Perú, mestizo por sobre todas las cosas, los mestizos pueden expresarse en primera persona. El pueblo no es más objeto de estudio, sino sujeto de la acción política. El impacto del APRA es reminiscente al del movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos. La figura de Haya de la Torre tiene la trascendencia de prócer y transformador del siglo XX. Aquello que Jorge Basadre llamó «la multitud, la ciudad y el campo» irrumpió en el Perú con Haya de la Torre, no de manera explosivamente efímera ni detrás de una revuelta o una montonera, sino con el sustento de una doctrina original y una organización independiente. Gracias a Haya de la Torre y a su perseverancia, se hizo visible en América Latina la inviabilidad histórica de un sistema antidemocrático y feudal; un sistema más que oligárquico, oligofrénico, cuyos representantes, plutócratas, rentistas, mercantilistas y gamonales, se fueron extinguiendo en el curso de los cincuenta años en que persiguieron al APRA. Pero, además, en un país de precaria institucionalidad, Haya de la Torre legó al Perú un partido político, probablemente el único que merezca el nombre de tal a lo largo de nuestra historia, el cual, a treinta años de su fallecimiento, vive y goza de buena salud. Jóvenes militantes apristas se unen a los viejos para conmemorar cada año el nacimiento de Haya de la Torre en el Día de la Fraternidad, así como, en el de su muerte, la multitud acongojada acompañó el cortejo fúnebre desde Lima hasta Trujillo. Conforme con su voluntad, el viejo líder fue enterrado en el cementerio de Miraflores. Rodeado de las banderas de las veinte naciones

⁷⁹ Cfr. Sánchez 1981: 104.

de su Indoamérica, descansan los restos de Víctor Raúl Haya de la Torre al pie de una enorme roca en la que sus seguidores inscribieron el más lacónico y hermoso epitafio: «Aquí yace la luz».

BiBliografía

- CHIRINOS SOTO, Enrique (1984). *La nueva Constitución y los partidos*. Lima: Centro de Documentación Andina.
- GARCÍA, Alan y ESPÁ, Carlos (2008). *Perú visión*. Lima: Gráfica Biblos.
- GARCÍA, Alan (2008). *La revolución constructiva del aprismo, teoría y práctica de la modernidad*. Lima: sin editor.
- HAYA DE LA TORRE, Víctor Raúl (1936). *El antiimperialismo y el APRA*, Santiago de Chile: Ercilla.
- (1977). *Obras completas*, tomo V. Lima: Mejía Baca.
- RODRÍGUEZ, Gregorio (2006). *Víctor Raúl Haya de la Torre. Vida y obra*. Lima: Instituto Víctor Raúl Haya de la Torre.
- SÁNCHEZ, Luis Alberto (1981). *Retrato de un país adolescente*. Lima: Mosca Azul Editores.
- TOWNSEND, Andrés (2004). *Libertad e integración en América Latina*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- VALLENAS, Hugo (2006). *Haya de la Torre, político de realidades*. Lima: Instituto Víctor Raúl Haya de la Torre.

AUTORES

Eugenio Chang-Rodríguez
Osmar Gonzales Alvarado
Diego García-Sayán
José Agustín de la Puente Candamo
Liliana Checa
Renato D. Alarcón-Guzmán
José Luis Sardón
Arturo Salazar Larraín
Iván Alonso
Carlos Espá
Carlota Casalino Sen
Ismael Pinto Vargas
Rocío Chirinos Montalbetti
Santiago Pedraglio
Miguel Cruchaga
Lourdes Flores Nano
Mariella Balbi
Giovanna Pollarolo
Daniel Córdova Cayo
Pedro Cateriano Bellido



FONDO
EDITORIAL
UPC

